

LA HISTORIA / 2

Cuando incluso Fellay miraba hacia Roma y temía el cisma

ECCLESIA

06_03_2026



**Luisella
Scrosati**



Partamos de la carta que monseñor Alfonso de Galarreta, monseñor Tissier de Mallerais y monseñor Richard Williamson enviaron al entonces Superior General de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, Bernard Fellay, y a sus asistentes, el 7 de abril de 2012. Se trata de

una carta personal, que sin embargo se difundió y se publicó en Internet el 10 de mayo ([aquí](#) la traducción al italiano); una carta que se envió cuando la posibilidad de un acuerdo con la Santa Sede para la regularización de la Fraternidad parecía muy cercana y concreta.

Los tres obispos quisieron dar a conocer “la unanimidad de su oposición formal a cualquier acuerdo de este tipo”, es decir, a un acuerdo que no implicara la “conversión doctrinal” de Roma de las “desviaciones” del Concilio: “La realidad que lo domina todo y a la que deben ceder todos estos sinceros deseos es que, a partir del Vaticano II, las autoridades oficiales de la Iglesia se han alejado de la verdad católica y hoy demuestran [...] que quieren permanecer fieles a la doctrina y la práctica conciliares”. En apoyo de su posición, los obispos invocaron una conferencia pronunciada por monseñor Lefebvre en Ecône, pocos meses antes de su muerte, en la que el prelado arremetía: “Cuanto más se analizan los documentos del Vaticano II y su interpretación por parte de las autoridades de la Iglesia, más se comprende que no se trata de errores superficiales, ni de algunos errores particulares [...], sino más bien de una perversión total del espíritu, de toda una nueva filosofía basada en el subjetivismo. [...] ¡Una perversión total!”.

Un eventual acuerdo habría hecho caer a la Fraternidad “en un marco de pluralismo relativista y dialéctico”, que tarde o temprano habría silenciado su voz crítica contra la “apostasía universal”. Una vez más, se invocó una confidencia que Lefebvre hizo a los cuatro futuros obispos, cuando muchos presionaban para que se aceptara el acuerdo propuesto por la Santa Sede en 1988: éste acuerdo habría dado sin duda “un amplio espacio al apostolado, pero en la ambigüedad, siguiendo dos direcciones opuestas, lo que habría acabado por pudrirnos”. Siempre basándose en la posición manifestada por Lefebvre, los tres obispos advirtieron al Superior y al Consejo que no “se pusieran ahora en manos de modernistas y liberales cuya obstinación acabamos de constatar”, llevando a la Fraternidad “a un punto del que ya no podrá cambiar de rumbo, a una profunda división sin retorno y, si concluyen tal acuerdo, a poderosas influencias destructivas que no podrá soportar”.

Estos tres obispos representaban en verdad el alma profunda de la FSSPX, un alma que, como veremos, se afirmará y retomará las riendas con la elección de Davide Pagliarini. La esencia de esta posición es que, hasta que Roma no se convierta y condene los errores conciliares abandonando todas las reformas posteriores al Concilio, debe evitarse cualquier acuerdo, porque pondría a la Fraternidad “en manos de los modernistas”. Monseñor Fellay [respondió](#) una semana después, destacando ante todo la falta de sentido sobrenatural, una visión de la Iglesia “demasiado humana e incluso

fatalista”: “Al leerlos, cabe preguntarse seriamente si todavía creen que esta Iglesia visible con sede en Roma es realmente la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo”, replicaba. Fellay admitía que en la FSSPX se estaba imponiendo una visión exagerada de los errores del Concilio, considerados “superherejías”, exactamente igual que por parte de los modernistas se consideraba un superdogma, “el mal absoluto, peor que todo”. “Esto es grave —añadía—, porque esta caricatura está fuera de la realidad y en el futuro desembocará lógicamente en un auténtico cisma. Y este hecho es uno de los argumentos que me impulsa a no demorarme más en responder a las instancias romanas”.

Por tanto, el Consejo General era perfectamente consciente de que dentro de la FSSPX había problemas bastante graves: una comprensión errónea de la Iglesia y una valoración excesiva de la crisis que pronto llevarían a la Fraternidad hacia un cisma; una deriva percibida como muy concreta, hasta el punto de que Fellay admitió que una respuesta positiva a la Santa Sede se hacía urgente precisamente para evitar esta deriva. El 8 de junio del mismo año, Fellay, **en una entrevista**, volvió una vez más sobre el problema: “Lo que está sucediendo últimamente muestra claramente algunas de nuestras debilidades ante los peligros creados por la situación en la que nos encontramos. Uno de los mayores peligros es acabar inventando una idea de Iglesia que parecería ideal, pero que en realidad no se corresponde con la historia real de la Iglesia. Algunos pretenden que, para trabajar ‘con seguridad’ en la Iglesia, es necesario que ésta se limpie previamente de todo error. Esto es lo que se dice cuando se afirma que, antes de cualquier acuerdo, Roma tiene que ‘convertirse’, o que, para poder trabajar, primero deben eliminarse los errores”.

Sin embargo, el Consejo General tuvo que reconocer que esta corriente contraria a cualquier acuerdo práctico representaba el sentir de la mayoría y de hecho, Fellay se resignó a ir a Roma para retirar toda propuesta de acuerdo. Monseñor Williamson reunió a su alrededor el disenso de unos cuarenta sacerdotes de la FSSPX y otros religiosos de comunidades amigas, para formar la “Resistencia”, que hoy cuenta con seis obispos, más de cien sacerdotes, algunas comunidades religiosas y miles de fieles repartidos por todo el mundo.

Pero el problema más grande no era monseñor Williamson. Tras su alejamiento de la Fraternidad no debido a sus posiciones contrarias al acuerdo, sino a que ya actuaba de forma independiente convirtiéndose en un riesgo para la unidad interna de la FSSPX, fue De Galarreta quien se convirtió en el punto de referencia de la línea cismática. El obispo español estaba trabajando para impulsar la candidatura de su

“delfín”, Davide Pagliarani. Éste, en 2016, con motivo de la reunión de los superiores mayores, ya había manifestado claramente cuál sería la *hoja de ruta* de la Fraternidad en sus relaciones con la Santa Sede: “Quizás ha llegado el momento de considerar de manera definitiva la situación canónica de la Fraternidad (es decir, su ‘irregularidad’ canónica) no como una anomalía, ni siquiera como una injusticia, sino más bien como la expresión jurídica coherente con la realidad de las cosas: se trata, muy simplemente, de la imposibilidad de identificarnos con el universo y las dinámicas que el Concilio ha producido”. Esta situación se entiende ahora como “el estado en el que nos ha colocado la propia Providencia. Durante quince años hemos sufrido demasiado a causa de una perspectiva cíclica de ‘regularización’ que luego resultaba prematura cuando llegaba el momento. Esto parece cada vez más claro. La Providencia no parece quererlo”.

El futuro Superior general continuó ilustrando la nueva estrategia de la Fraternidad, marcada por el rechazo “cordial” de cualquier propuesta procedente de la Sede Apostólica: “Pasividad cordial’ frente a las *avances* romanas. No hay que buscar una regularización canónica ahora ni presionar al Papa para que realice un acto unilateral [...]. En este contexto, nuestro objetivo último debe ser no firmar nada doctrinal, ni siquiera un juramento antimodernista. La cosa puede parecer exagerada, pero en el pragmático contexto actual, una firma adquiere un valor político: ‘es un paso, una señal de que vuelven al redil, una señal de obediencia, una señal de rechazo del cisma’. [...] Poco importa el contenido objetivo del texto”.

Pero para enmascarar la actitud claramente cismática, habrá que actuar de manera que se dé la impresión de querer mantener abierto un canal de comunicación con Roma: “En esta perspectiva, también se podrían designar teólogos de la Fraternidad suficientemente dialécticos, capaces de mantener siempre abiertas las discusiones (aunque sean sustancialmente inútiles). No es necesario discutir para llegar a una conclusión: esa es la lección de los años 2011-2012”.

Y precisamente en el Capítulo general de julio de 2018 fue elegido Davide Pagliarani. Pocos meses después de su elección, el nuevo Superior inauguró el nuevo rumbo, poniendo fin a las relaciones con la Santa Sede destinadas a regularizar la Fraternidad. El 22 de noviembre comunicó a todos los sacerdotes los motivos de esta decisión, confirmando su posición previa al Capítulo: “Durante estos siete años se ha realizado un largo trabajo con vistas a redactar una declaración doctrinal que la Fraternidad pudiera aceptar firmar, con el fin de demostrar [...] que es ‘verdaderamente católica’. [...] Paradójicamente, en lugar de manifestar al mundo que la Fraternidad es perfectamente católica, las diversas versiones de esta declaración doctrinal la habrían

colocado en una posición que le habría impedido dar testimonio al mundo y a las almas de su fe verdaderamente católica, en particular debido a la exigencia relativa a la aceptación del Concilio y a la legitimidad del *Novus Ordo Missæ*". Pero incluso si la Santa Sede propusiera en el futuro una solución "en principio aceptable, ¿qué nos garantizaría que, al día siguiente, esta declaración seguiría siendo suficiente para nuestros interlocutores?".

El nuevo Superior lleva así a la FSSPX a la línea de rechazar cualquier propuesta de acuerdo, para dar paso en cambio a una "discusión teológica, muy conscientes de que el Señor no nos pide necesariamente que convenzamos a nuestros interlocutores, sino ante todo que llevemos ante la Iglesia el testimonio incondicional de la fe" (este texto y parte de los anteriores están extraídos de un documento disponible aquí de un sacerdote ex-FSSPX, don Angelo Citati). Sabemos que el "testimonio" es en realidad una forma teológica de dar vueltas al tema, con el único propósito de mantener abiertas discusiones interminables y rechazar a priori cualquier oferta de regularización, aunque sea aceptable. El "futuro cisma" temido por Fellay se ha hecho realidad.

Se entiende, pues, por qué Pagliarani se sintió bastante contrariado por el silencio de la Santa Sede ante sus propuestas de enero de 2019 de reanudar las conversaciones; y por qué se irritó por las condiciones impuestas por el cardenal Müller (26 de junio de 2017) para llegar a una conclusión efectiva: la Fraternidad no quiere en modo alguno un acuerdo, pero al mismo tiempo necesita "mantener siempre abiertas las discusiones" para poder seguir repitiendo el estribillo: "reconocemos al Papa, mantenemos relaciones con Roma; por lo tanto, no somos cismáticos". Pero ya se sabe que *excusatio non petita, accusatio manifesta...*

2. Continúa